

"Una gran soledad de rugidos"

*Tú el más puro y verdadero, tú el más
real de todos, tú el no desaparecido.*

VICENTE ALEIXANDRE

Todo hombre es un rehén condenado a sus propios sueños. Encarcelado por el silencio hecho ya carne, voz, acto en su cuerpo. Ese silencio que busca y que a veces no tiene respuesta —el corazón está mudo y las manos no encuentran al alma.

Demasiadas cárceles tenemos en nuestro interior, llenas de pájaros muertos; la prisión de la pena, del dolor, adentro atrapadas. Hemos encerrado toda promesa no cumplida y esperanza y a veces el sentimiento es un ladrón que, se ha quedado allí detenido.

Demasiadas... sí. Ni Dios puede a todas abrirlas.

¿Dónde está la libertad?

Quiero encontrar a ese hombre libre, que pueda gritar la verdad, sólo la simple verdad de sus ideas. Pero sé que el más poderoso es el más encarcelado en sí mismo y que el más pobre tiene las celdas de la miseria y la condena de todos. Entonces le pregunto al poeta: ¡Quiero preguntarle al poeta si conoce la libertad de su pensamiento!, pero él también está tras las rejas, encerrado, "arrastrándose por la humedad del mundo" en el vértigo del barroto, injusto hierro que atraviesa el cráneo de la libertad y la ensombrece.

*"Soy una cárcel con una ventana
ante una gran soledad de rugidos".*

Vuelvo atrás y grito ¡Dónde ha estado la justicia!, pero me responde el miedo ya casi vencido por el olvido y me dice no saberlo.

¿Dónde estás Miguel
en qué profundidad ayer
se quedó tu cuerpo?
Hoy vuelvo mis manos a ti,
las abro
dejo caer mi voz
mi pena
y el silencio.

Hoy quiero tu dolor
habitando en mi mano
y una lágrima sola
para conocer tu mirada.
Entonces mirarnos
para encontrarnos
y bajo la tierra reconocernos.

Demasiada pena conducía tu rebaño Miguel
pena de tiempo atragantada
de dolor con su gesto atravesado
tanta pena Miguel
que no hay amor
que en carta se la lleve.

Más triste que la última soledad de la muerte
aun más triste
tu muerte
temblando de pronto por la vida.

Tenías sí, que gritar
que invadirte otra vez hasta el fondo
para arrancarte otra muerte debida
a tu corazón ya descorazonado.

¿Qué decir?
¿Qué decirte a ti ya?
He abierto mis manos
y he vuelto a abrirlas otra vez.
He buscado todas las palabras
como un poeta ciego
pero ninguna tiene esa llave exacta,
ninguna no, puede levantarte de la tierra
y establecerse en tu corazón
con la esperanza del retorno.

¿Qué decir?
Si tu lo has dicho todo
desde esa cárcel solitaria.
La palabra se quedó encarcelada con tu muerte
y los hombres con tu memoria.

Lorenzo Saval